

Jean Delumeau entre el cielo y la tierra*

El paraíso perdido

André Burguière

Traducción de
MARÍA LUISA JARAMILLO

¿Qué pasó con el paraíso? Es con una constatación de una completa desaparición con la que Jean Delumeau cierra su magistral historia del imaginario cristiano, al consagrarle el último tomo de ésta a la imagen del paraíso. Si la idea del paraíso resistió menos bien el desencanto del mundo que la mayoría de las otras creencias cristianas, ¿no es simplemente porque era muy vaga? Nuestro historiador no está de acuerdo con esta idea. Lo que sorprende por el contrario en el inventario minucioso que nos presenta, es el tesoro de la imaginación y la precisión desplegados por la Iglesia, por lo menos hasta finales de la Edad Media, para volver pensable y deseable esta supervivencia prometida. Si las representaciones del paraíso que nos legaron los siglos cristianos nos parecen insípidas, es únicamente porque nos volvimos extraños a la sensibilidad y al universo mental a los cuales se dirigían.

El cristianismo no inventó ni la nostalgia de una inmortalidad perdida ni el deseo de un mundo perfecto. Este los encontraba en la cultura grecolatina con el mito de la edad de oro, así como en la tradición bíblica con el Edén de los primeros días. Pero supo instalarse entre el más allá y el mundo terrestre una noria de transferencias lógicas y estéticas que volvían su cercanía familiar. El paraíso no es sin embargo sino el fin del mundo... Nada más puesto que, en espera de instalarse allí definitivamente, podemos ir allá a dar una vuelta gracias a un desvanecimiento o un mal que lo pone al borde de la muerte. Estos "viajes al más allá", a los que el papa Gregorio el Grande fijó las reglas canónicas, dando lugar en el siglo XII a una profusión de narraciones. A falta de conducir allí su alma, se puede obtener una visión fugitiva por transporte místico. Y para todos aquellos que no tienen acceso a tales experiencias, se dedican a instalar en la tierra prefiguraciones del paraíso. El espacio plantado con hierbas raras que los monjes cultivan en el centro del claustro —de donde saldría la moda de

los jardines ornamentales— está llamado a evocar el jardín del Edén.

El claustro, en su plenitud arquitectónica, anuncia la Jerusalén celeste; como la Iglesia, cuya explanada llamada atrio y los vitrales multicolores que refractan el claro-oscuro de una luz sobrenatural que ponen en contacto con otro mundo.

Multiplicar en este bajo mundo prefiguraciones de orden celeste era también para los teólogos el medio para evitar que el paraíso condenara el orden terrestre. Si el reino de los elegidos, en conformidad con el mensaje evangélico, no conoce en efecto ni pobres ni ricos, conserva una organización jerárquica. En el célebre retablo de "El cordero místico" pintado por Van Eyck en 1432 para la iglesia de San Bavon de Gante, el círculo de los santos y de los ángeles que rodean al Señor domina la multitud de los simples bienaventurados. Esta asamblea, que respira el orden y la armonía de un mundo por fuera del tiempo, constituye para Jean Delumeau la representación más lograda del paraíso cristiano.

Pero es tal vez también su canto del cisne. Desde mediados del siglo XV, letrados como Nicolás de Cusa ponen en duda la idea de que la tierra sea el centro del universo, con el cielo encima y el infierno debajo. Desde la cosmología heliocéntrica de Copérnico hasta la gravitación universal de Newton, pasando por los descubrimientos de Galileo, la Iglesia se enredó en un combate de retaguardia contra las adquisiciones de la ciencia que ella había creído que estaban desde hacía mucho tiempo perfectamente organizadas de acuerdo con las verdades de la fe. No es un oscurantismo obtuso el que le hace rechazar la evidencia, sino la convicción de que la nueva cosmología arruina los aspectos esenciales del dogma cristiano tales como la Encarnación o el paraíso. La reforma católica no abandona la par-

tida. La Iglesia, que en adelante trata más de conmover a las multitudes que convencer a las élites, reinventa un mundo celeste lleno de movimiento y de evasión, a través de las grandezas aéreas de los techos barrocos. La Iglesia quiere hacer del paraíso el oscuro objeto del deseo de alejarse de la pesantez de la condición humana.

¿El paraíso fue descalificado por el desarrollo de la ciencia o por los cambios de actitud con respecto a la muerte? Nos sorprenderemos de que Jean Delumeau espere hasta los últimos capítulos para abordar una pregunta que ha inspirado tantos trabajos excelentes y que hubiera podido acompañar las principales etapas de su historia del paraíso. El regreso de los muertos al espacio de los vivos entre el siglo XI y el siglo XIII, no es sin duda extraño a la epidemia de estos "viajes de las almas" que señala una nueva visión del más allá en el momento en el que el cementerio, que durante mucho tiempo permaneció por fuera de los muros, se instaló cerca de la iglesia parroquial. La preocupación por su propia muerte que reemplaza en el individuo la preocupación por los muertos a partir del siglo XV —bajo el efecto de esta "*pastoral del miedo*" tan bien descrita hace poco por Jean Delumeau—, contribuyó sin duda antes y con la revolución copernicana a desvalorizar la idea de un paraíso de fusión donde el alma se olvida en la comunidad de los bienaventurados.

Última transferencia: la de la conciencia moderna, que cambió la angustia de morir a cambio de la de ver morir a sus semejantes. Si la supervivencia tiene todavía una posibilidad, ya no es la de una eternidad fantasmática, sino la de una imposibilidad de hacer el duelo del ser amado que daba sentido a nuestra vida. Y el paraíso al cual aspiramos ya no se encuentra en un lugar improbable más allá, sino en alguna parte en la memoria de aquellos que se acordarán de nosotros.

Tomado de Le Nouvel Observateur

* Jean Delumeau, "Que reste-t-il du paradis?". Editorial Fayard.